

LA SAETA

SEMENARIO ILUSTRADO

Año X

Barcelona, 9 de Noviembre de 1899

Núm. 468



Chapuzón artístico.

Reutlinger.



La Academia de la Lengua, «que más comunmente se llama castellana y debiera llamarse española,» como rezan los gramáticos de la docta corporación, se *ha servido* aceptar la candidatura de don Jacinto Octavio Picón, hombre ilustre entre los que escriben.

Digo se ha servido, hablando con segunda. Picón ha puesto una pica en... el Flandes académico. Picón, como literato, era un *demagogo* para los reaccionarios (el grupo más activo) de la casa. Era más *demagogo* que Pérez Galdós; tengo para mí que más *demagogo* que el propio Clarín, á pesar de la novela *Su único hijo*, que le echan en cara con adocenado y falso criterio, los *roedores* de la Estética. En *Dulce y Sabrosa* hay pasajes más... más... naturalistas, (aunque son muy artísticos, muy reales) que en los escabrosos apuntes del sabio catedrático que ejerce en la Universidad de Oviedo. Octavio Picón, finalmente, no es hipócrita. Todo esto, si bien no puede ni debe constituir obstáculo formal para que se le nombre académico de número, hubiera sido

en otras épocas bastante para incluirle en el *rabioso índice* de la Academia, donde sigue figurando como réprobo Leopoldo Alas.

Picón reúne, claro está, méritos sobrados para que se le imponga el carácter de *legislador* en materias de doctrina filológica.

Es un buen hablista.

Puede distinguírsele como maestro en su arte, por la elegancia y seguridad de estilo, cosa que no han logrado otros apreciables escritores, de los que figuran entre los *legistas* del léxico. Y no hablo de los tontos.

Pudo conquistar rápidamente un puesto, sin confundirse con las medianías, entre los más conspícuos noveladores.

Y... debió entrar en la Academia mucho antes que ahora.

Sin embargo, la conquista de Picón es casi una sorpresa... y además es toda una conquista, una verdadera conquista.

¿Ha disminuído la influencia del conde de Chestre, quien no se doblegaba sinó á las insinuaciones de Cánovas, único personaje improvisador de académicos, como lo era de ministros habilidosos?

Porque estábamos acostumbrados á ver disputar las candidaturas de Zorrilla, de Galdós, del mismo Pereda... Y Picón vence *contra* su carácter y *contra* sus años. Relativamente, Picón logra el sitial en más breve espacio de tiempo que no lo alcanzó el autor de los Episodios Nacionales, quien pudo conseguir más pronto la ejecutoria de *inmortal*.

De todos modos el nombramiento de Picón hay que señalarlo con piedra blanca; acaso es que reinan otros aires en la Casa del idioma, y esos aires son sanos, de revuelta propicia á los grandes ideales patrióticos. ¿Quién sabe si andando el tiempo, podremos descubrirnos ante el lema que hasta hoy ha dado motivo á las sátiras más donosas: «¿fija, limpia y da esplendor?»

Sólo falta que la Academia no se detenga en su camino. Las pendientes suelen engendrar el vértigo, pero en la mayor parte de los casos sólo producen un mareo delicioso. En muchas ocasiones conviene resbalar.

Aplaudiría yo sin reservas el que detrás de Picón se colase en la docta Academia Leopoldo Alas. Clarín puede y debe ser académico.

A mi juicio, debió serlo primero que Octavio Picón.

Clarín no es sólo hablista, maestro en el decir, de estilo elegante y noble; no es sólo un novelador que pasará con su *Regenta* (digan lo que quieran cuantos le disputan la gloria de haberla es-



HEVA COOMANS. — Inspiración.

crito) á la Historia de la Literatura (y con títulos legítimos, no como el padre Coloma, quien solo pasará, si no da más de sí, como caso raro... y como jesuita); no es sólo eso, en resolución: es todo un literato: es más, es un psicólogo humano, que en ciertos respectos aventaja por su humorismo á Paul Bourget.

Antes, la candidatura de Clarín era punto menos que imposible. Ahora... Picón ha abierto un puente de plata para que la Academia dé el salto mortal.

No le faltarán al ilustre, y para mí tan querido y respetado crítico, defensores calurosos dentro de la casa: Galdós, Picón, Campoamor, Valera, el mismo Menéndez Pelayo... todos los que *sirven*: todos los que tienen firma... porque dentro de la Academia, también hay quien tanto valdría que pusiera al pie de las actas una cruz, en prueba y fé de que está conforme con lo en ella consignado... todos los que saben, en suma, que Clarín es un *lexicólogo* que puede pasar á ser *lexicógrafo*... y de los más útiles para el caso; los que entienden que en el manejo de voces no hay sólo una simple combinación de voces, pero que las palabras *hablan*: que también el lenguaje tiene su filosofía... y aun su rasgos *fisonómicos*, permítaseme decirlo así.

Sé lo que echarán muchos en el platillo contra Leopoldo Alas. Lo sé ¿no he de saberlo? ¡He oído en pocos años á tantos estúpidos! No es ahora oportuno examinar todos los cargos. Recojo el más duro contra él: sus *paliques*. Y digo. Aunque Clarín no hubiese escrito sinó *paliques*, sobraríanle *condiciones* para ser nombrado académico. ¡Cuánta filosofía, cuánta filología hay en esas crónicas jugadas ligeramente, que no quieren ser profundas y las más veces lo son! Clarín no ha escrito como Menéndez Pelayo la historia del esteticismo, pero ha hablado de Paul Bourget, de Paul Verlaine, de Zola, y de otros, como no hablan muchos críticos; con doctrina estética... y filosófica; Clarín ha sobrepujado en un *palique*, sí, señores, en un *palique*, el principio fundamental del sistema de Schopenhauer; con más sentimiento, con más poesía, con más realismo... humano.

Si las prescripciones de régimen interior prevalecen, que no lo sé, francamente lo confieso, se opondrá á la candidatura de Leopoldo Alas el obstáculo de estar domiciliado en provincias: es este fútil pretexto que él mismo se encargaría de salvar, entre otras cosas, porque aquí hecha la ley, hecha la trampa; y porque, aun sin trampa, ¡ojalá no hubiese otro impedimento! se destruirría más fácilmente que no el ideado por la Corporación para no aceptar el concurso de las damas: el de que (pareciendo éstas hombres por sus libros y por la suficiencia de los estudios, y brillando como estrellas de primera magnitud) sean mujeres. Contra esta proscripción del sexo nada puede intentarse, sin

LA SAETA

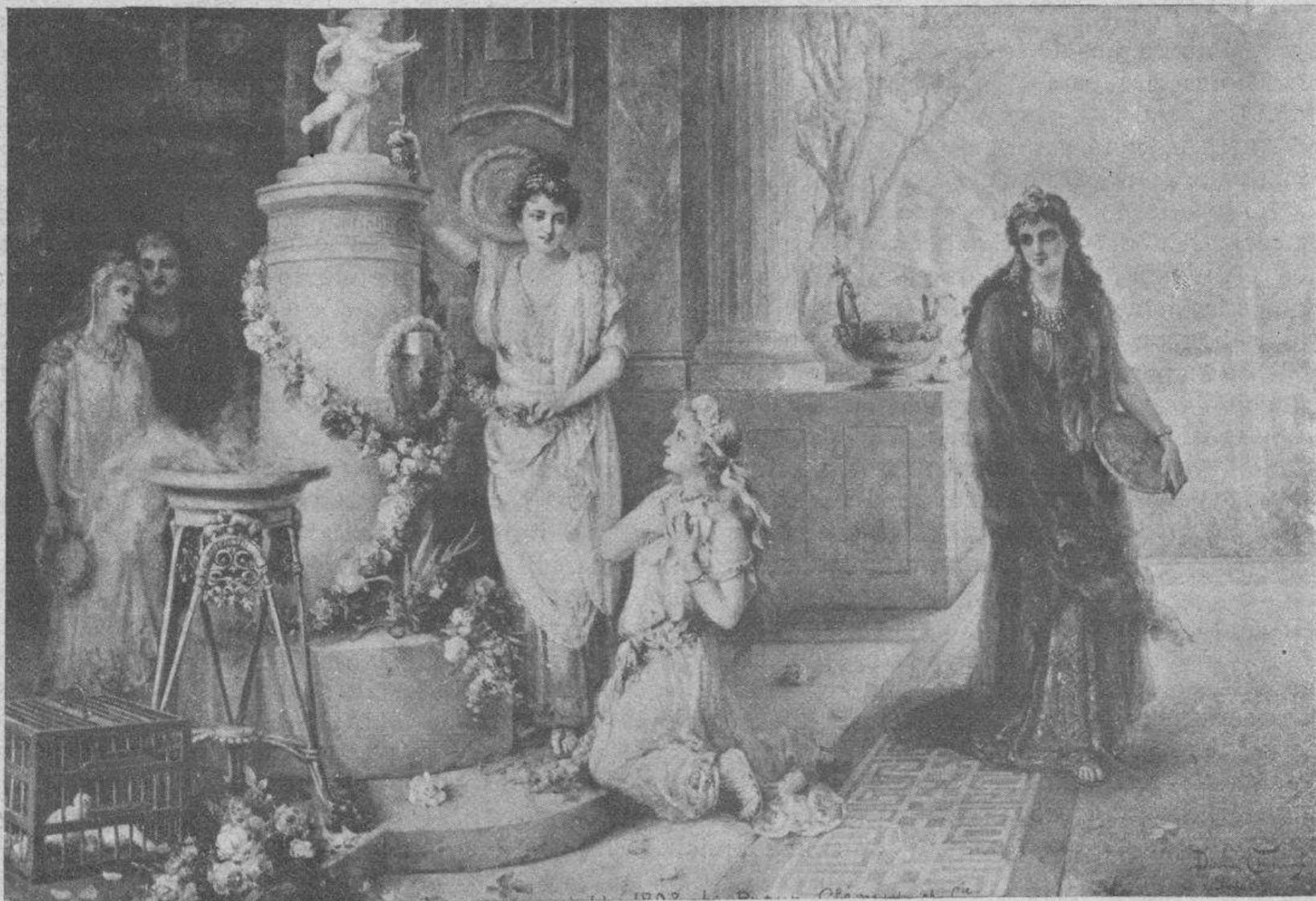
una bien entendida y racional reforma de las Constituciones; contra la del domicilio basta un viaje, aunque se haga en tercera, y la correspondiente cédula de vecindad.

No soy el primero, y celebraría no ser el único, que eche á volar esta candidatura; pero eso no importa para que hable de ella y la patrocine. Académicos, como Picón lo es y como pudiera serlo Clarín, hay varios en la Casa; pero nadie me negará la conveniencia de que aumenten el número. En esta triste época más que en otra alguna; porque dadas las tradiciones y las formalidades académicas, entre los pocos que hoy quedan para ocupar las vacantes de los sillones por su actitud digna (actitud de Dios) y los *conocidos* jóvenes llamados á substituirlos, hay nó una laguna, ni un abismo, según los tópicos de la gacetilla ramplona, sinó... nada, absolutamente nada. Cavia no es académico, quizás no lo sea nunca, pero debe ser nombrado. Sánchez Pérez tampoco; fuera de éstos, en literatura, según mi voto, no llegaríamos á la media docena: ¿á quién elegiremos después? ¿A Rueda? ¿A Nieva? ¿A Unamumo? ¿A Grilo? ¿A Dicenta? ¿A Canals? ¿*Et sic?*... No cito á otros; es interminable el catálogo de las medianías, que se *distinguen* en el período decadente y triste por qué atraviesan las letras patrias. De jóvenes como Martínez Ruiz y Luna es prematuro hablar.

Estimo, *por tanto*, que la Academia debe apresurarse en el llamamiento á los pocos ingenios que pueden continuar hoy las tradiciones de su Instituto. *Atravesamos* por ahora el último período brillante del renacimiento artístico, de las glorias literarias.

Y en este concepto la candidatura de Leopoldo Alas es indiscutible.

Estoy conforme con Unamumo cuando dice que son muchos los literatos jóvenes, ó que se tienen por tales, que se jactan de su ignorancia científica... Lo que no me persuade es que invente adjetivos y verbos y sustantivos, y, pásmense ustedes, hasta barbarismos. También juega *malabáricamente* (él habla de los *malabaristas*) con la filosofía y con la construcción gramatical. A los *malabaristas*, pues, los llama, comparativamente *virtuosos del piano*. ¿Qué será eso de la *virtud* en uno que maneje el Erard? ¿Se referirá á los *virtuosos*? No sé. En este caso comprendo que ciertos académicos confundan la voz libertad con la palabra libertinaje. También hay libertinos filólogo-filosóficos de la literatura libre ó *tilirilera* que saca á colación, no sé cómo ni á santo de qué, si no es para escribir un artículo más, salga lo que saliere, este *notable*. Yo creo que él mismo, sin darse cuenta ha burlado la *dificultad vencida* del artículo-garbanzo, mediante la *tecniquería*, como él escribe, de la insustancialidad. A ese paso dentro de poco hay que repartir un diccionario á todos los habitantes de ambas



DIANA COOMANS. — Ofrenda de amor.

Castillas, porque el castellano que ellos hablen no va á ser idioma oficial; va á ser una *fabla*... una fábula torpe.

Unamumo estira un título, como otros estiran una cuerda. Y lo retuerce tanto que vá y pone:

«Se quejan del pueblo los que no hacen literatura más que para los literatos, los incapaces de sumergirse en el alma popular. .»

Yo no sé si está bien enterado Unamumo de lo que es el alma popular, pero en fin supongo que sí, pues corre por esos diarios y revistas en olor de.. filósofo; no es eso lo grave; lo grave es que además de filósofo pretenda ser literato, y que siéndolo, si lo es, no sepa construir. ¿Quiénes son los incapaces de *sumergirse* en el alma popular? ¿Los literatos? ¿Los que no *hacen literatura* más que para los literatos? ¿Y los que *hacen literatura* (si es que la literatura se hace como el chocolate y como los buñuelos de viento) no son literatos? ¿Y cómo los literatos no son los que *hacen literatura*? ¿Y cómo *hacen literatura* los que no son literatos? ¿Qué lío es ese, santo Dios?

Pasemos al alma popular. Creo en ella, ó por lo menos quiero creer en ella, aunque sólo sea para que no se me tenga por incapaz de sumergirme en la tal alma. ¿Pero ese alma qué es? ¿Un lago? ¿Un océano desconocido? ¿Cómo se sumerge uno que no es literato ni *hace literatura* en... eso? ¿Y... le basta á uno saber nadar, como se nada vulgarmente, para no ahogarse?

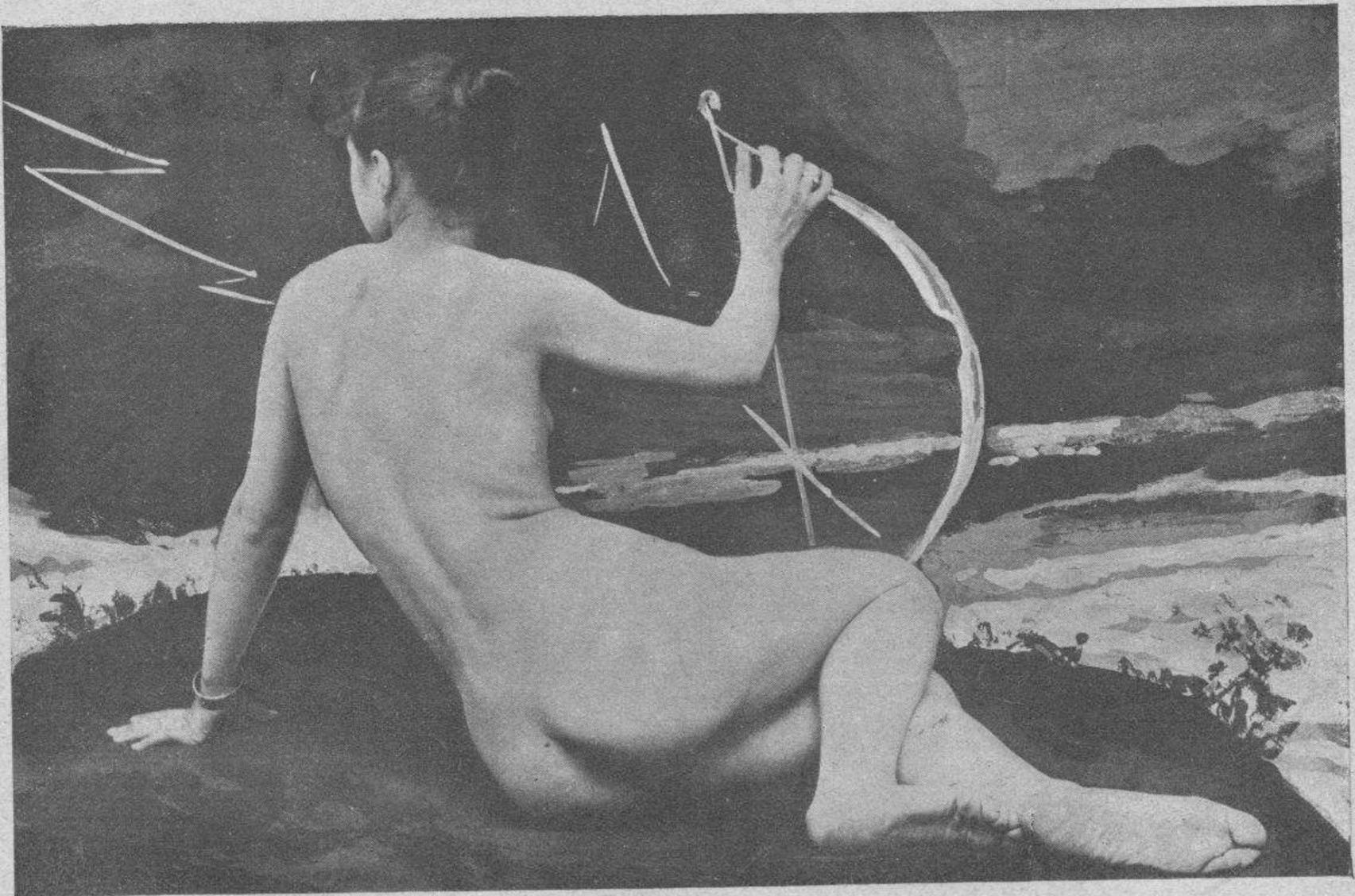
¿Qué diremos del texto del Quijote que se *enmugrece*, del pensar con *hondura*, del *falaz é incipiente neoaristocratismo*, que él nota en los cerebrales, y de la boca que habla *por la abundancia* del corazón?

Hay muchos, efectivamente, que son jóvenes pero nó literatos, aunque se tienen por tales, y que escriben despreciando la ciencia... y el arte. ¿Qué habla ahí Unamumo de la forma? La forma no se consigue sin ser artista, y para ser artista es necesario tener muy educados el oído y el corazón... todo lo que él pretende negar, precisamente. Para *el bien decir* no estorba el decir algo, sino el no decir nada, que es lo que le ocurre á Unamumo, después de mucho hablar. Y conste que yo no defiendo á los que él trata de zaherir.

Hablando del genio añade: que «cada cual en sus obras vé distintas cosas, pero todos ven algo.» Entonces, lo reconozco noblemente, Unamumo es genio: porque yo también veo en sus obras algo: veo muchos disparates.

¡Y pensar que genios así son los que andan conquistando renombre y preparándose para una vacante de la Academia!

CLAK



GILBEK. — El genio de la tempestad.

Las mujeres

Bajita, pero graciosa; rostro iluminado, de perfil poético, dulce, agradable, sugestivo; ojos grandes y relucientes; carne incitante, viva, muy acentuada en las curvas. Fisonomía picaresca. Edad indecisa, de mujer que parece despedirse de la juventud y está en lo más fuerte y sabroso de los años alegres. Elegante, discreta, hábil en elegir telas y casar colores.

ESCENA I

PALCO. Noche de gala, de moda, como dicen los revisteros. A mitad del segundo acto entra ROSALÍA GUALVER con su marido, DON PEDRO RICUERTE DE LA ESCOSURA, hombre tieso, de mediana edad, gentil, bigotes suaves, de pelo abundoso, bien portado y bien vestido.

ROSALÍA (mientras Ricuarte le quita el chal). — ¿Has visto? Lleno completo.

DON PEDRO. — Au grand... etcétera.

ROSALÍA (sentándose). — Allí están las de Castillo.

DON PEDRO. — ¡Y el sello de guerra!

ROSALÍA (sonriendo). — ¡Claro! No podía faltar; el marido abandona á la mujer, pero el amante nunca.

DON PEDRO (guiñando el ojo). — Mientras es amante. El marido tiene la contra de que es marido, que está siempre atado, como un perro que sirve de lazarillo, á su mujer.

ROSALÍA (displicente). — La mujer que se cansa de todo, también se cansa de los perros.

DON PEDRO. — Gracias, amiga mia. Pero... pero... no corta la cuerda.

ROSALÍA. — ¿Cómo? ¿Te ofendes? ¿Supones...?

DON PEDRO (benévolo). — Nada, no supon-



—, ¿Qué apuro! ¡un hombre! echémosle la capa...

go nada. ¿De ti? Ni yo soy perro, ni eres tú capaz... ¡Qué disparate! Calla, y déjame oír... ya sabes que para mí la música...

(*Rosalía hace un mohín de soberano desprecio y dirige los gemelos á las butacas.*)

ESCENA II

PALCO CONTIGUO. *Varios hombres.*

UNO. — ¡Qué mujer!

OTRO (*sonriendo*). — ¡Guapisima!

ESTE. — ¡Fijate, tú!

AQUEL. — ¿Qué me cuentas? La conozco.

UNO. — ¿La conoces?

AQUEL. — Sí.

OTRO (*sonriendo*). — Este las conoce á todas. Es como todos los Don Juanes baratos, de guardarropia. (*Declamando.*) Yo á los palacios subí, yo á las cabañas bajé...

AQUEL. — Yo no he subido, ni he bajado,

ni *me las doy* de Tenorio; pero, efectivamente, dejé rastro, más que tú, desde luego. En fin, digo que conozco á nuestra vecina de palco. La he visto en el salón de la señora Diedra; en los conciertos Emis, en el teatro Tal, y en este teatro varias noches, y en localidades distintas. Y ahora, fijense ustedes en la fila octava, número cinco. ¿Qué ven allí?

UNO. — ¡Calle, es verdad! Aquel mozo de *mostachos franceses*...

ESTE (*riendo*). — Sí, á las mujeres les gustan mucho los *mostachos*.

AQUEL. — Pues ese mozo que escucha el *Tannhäuser* con indiferencia, leyendo *El Liberal*, mientras mira á... esa señora, es el... apéndice del marido.

OTRO. — Amigo mio, eres un lince. Sí, él la mira á ella, fingiendo que se entera de la política, y el'a le mira á él, pretextando que él se entera de ella.



— Es toro inofensivo... ¡madre, embiste!

LA SAETA

tando que se entera de las modas. Y entretanto el esposo...

UNO. — El esposo mira á las bailarinas.

ESCENA III

ENTREACTO. *Ni unos ni otros abandonan las posiciones. — Palco de Rosalía.*

ROSALÍA (*nerviosa, visiblemente contrariada*). — Fijate, Pedro, con precaución en esos de al lado.

DON PEDRO. — ¿Esos que rien estrepitosamente?

ROSALÍA. — Si, esos; ¿sabes? Son muy tontos.

DON PEDRO. — ¿Los conoces?

ROSALÍA. — Como á ti. Han dado en molestarme. No sé qué se figuran. Me asedian con sus miradas, con sus gestos, con sus sonrisas.

DON PEDRO (*secamente*). — Señal de que les miras tú. Les das pie y...

ROSALÍA (*volada*). — Yo les miro de reajo. Una mujer puede y sabe mirar de reajo. Para eso es mujer. En fin, si tanto te importa...

DON PEDRO. — Nó, hija mía, nó; ahora mismo voy á... ¡Voto á tal! Sabrán quien es Pedro Ricuerte de la Escosura esos libertinos.

ROSALÍA. — Es que debes hacerles entender que soy honrada... una señora...

ESCENA IV

EN EL CAFÉ. *Don Pedro, Uno, Otro, Este.*

DON PEDRO. — Otra copita de coñac, caballeros. Grande ha sido mi satisfacción... En fin, las mujeres son muy raras... Yo ya suponía que ustedes eran unos caballeros, y me lo confirma el que defiendan ustedes los



—No vale, que así estoy tras de la valla.

mismos ideales políticos... Nada, mañana vamos á comer juntos.

UNO. — Muy honrados... Ya vé usted... todos somos personas graves...

DON PEDRO. — Lástima que ese amigo de ustedes se haya sentido indispuerto, y no nos acompañe. Pero ya le transmitirán la expresión de mis más cordiales sentimientos... y el convite.

ESTE. — ¿Aquél? Es un ser extravagante. No fuma, no bebe.

OTRO. — Dificulto que nos quiera acompañar en la *juerga* á que usted nos invita.

DON PEDRO. — Si les parece á ustedes, yo mismo...

ESCENA V

DE PALCO Á PALCO. *En uno ROSALÍA; en otro AQUEL.*

ROSALÍA. — ¡Qué imprudencia! ¿Te has quedado?

AQUEL. — Si, para decirte que no he visto otra mujer como tú.

ROSALÍA (*sonriendo*). — ¿Tan guapa?

AQUEL. — Tan... satisfecha, tan atrevida.

ROSALÍA. — Dios mío, ¡qué injusto eres!

AQUEL. — ¡Injusto! ¿Y ese botarate de la fila ocho? ¿Si creerás tú que me chupo el dedo como tu marido? ¡Mira que no descubrirte el juego yc! Ya he visto cómo llamabas la atención de don Pedro acerca de lo que hacíamos en nuestro palco, para que no descubriese el juego que te traes con el de los *mostachos* franceses.

ROSALÍA. — ¡Vaya, está visto que todos los hombres habéis de pecar de eso... de estúpidos! ¡El de los *mostachos*! Es tan *pipiolo* como mi marido. Le *distraigo* para despistar á mi pariente, y llamo la atención al mismo tiempo sobre el palco vecino, porque... porque no estás tú solo, porque hay muchos hombres... para guardar la retirada.

AQUEL. — ¿Es de veras?

ROSALÍA. — ¡Bah! Buen par de tontos mi... y mi...

AQUEL. — ¡Rica! No hay quien dispute á las mujeres ese talento natural. Mañana cenaremos juntos.

ESCENA VI

PALCO DE AQUEL. *Entran Don Pedro, Uno, Este y Otro.*

DON PEDRO. — ¿Qué tal? ¿Pasa el mareo?

AQUEL. — Si, gracias. ¡Se fuma tanto!

DON PEDRO. — Mañana tenemos gira. (*Guiñando el ojo.*) Habrá mujeres. ¿Contamos con V.?

AQUEL. — Lo estimo. Imposible... Graves ocupaciones...

OTRO (*picarescamente*). — ¿No se lo dije?

ESCENA VII

PALCO DE ROSALÍA. *Abre la puerta Don Pedro.*

ROSALÍA. — ¡Ay, qué rato he pasado, amigo mío!

DON PEDRO. — ¡Hija, has visto visiones!

GUILLERMINA STOCK



— ¿Este sombrero? ¡ay, lo he pagado muy carol

Cañitas

I

Deja que lea en tus ojos
el destino de mi vida,
que está pendiente mi suerte
de lo que en ellos me digas.

II

La semilla del deseo
me llevó á la casa ajena,
y al encontrar tu cariño
me hizo perder la cosecha...

III

Haz vestir á tu mujer
como permita tu sueldo,
que si la ven muy lujosa,
preguntarán por su dueño...

IV

Al farol de San Miguel
comparo yo tu conducta,
que si bien alumbra al Santo,
el demonio no está á obscuras..

V

Para formar sociedad
juntamos nuestros cariños
y al sumar el resultado,
ni ganamos, ni perdimos...

J. ENRIQUE DOTRES



¡Si la mujer pudiera
libremente decir cuanto quisiera!

Goces verdaderos

Si cautivar á la hermosura quieres,
no viertas á sus pies raudales de oro;
para comprar de amor dulces placeres,
el mismo amor es el mejor tesoro.
Gana las multitudes
el oro vil, mas no los corazones.
date en cambio tú mismo, y—no lo dudes—
pagarás bien los amorosos dones.

Si no te encadenó vínculo santo,
forja tú mismo la feliz coyunda:
el hombre libre singular encanto
en voluntaria servidumbre funda.
A una sola mujer pretende y ama;
y cuando en ella prenderá tu llama,
si falta el nudo eterno,
el lazo os una del cariño tierno.

Abre á ese afecto el alma enternecida
y escoje una doncella;
sea esa tierna virgen tu elegida;
tú, el elegido de ella.
Su alma hermosa ha de ser; su cuerpo hermoso.
Yo una elegí, tan cándida y tan pura,
que á nuestro amor dichoso
falta no más la bendición del cura.

Sagáz para mi bien y mi alegría,
feliz, solo por mí, de ser hermosa;
para mí complaciente y cariñosa,
para los otros circunspecta y fría.
Flaqueza femenil no abrió su pecho:

Monólogos cortos

Ha pasado esta mañana
y ni pa Dios se desliza,
¡vamos, yo de buena gana
le pegaba una palizal!

Una que espera.

Echándomelas de pillo
le hice no sé qué pirueta,
y ella me tiró un cepillo
que me fué á dar en la jeta.

Cualquiera.

Claro está, por presumir
mire usted lo que me pasa;
no lo tomaré yo á guasa
si otra vez vuelve á venir.

Una arrepentida.

Me llaman, y diligente
con el roa me presento,
le tomo el pulso al paciente,
me hartó de caldo al momento
y todo marcha corriente.

Doctor Gilo.

Cuando me pongo á jugar
el ama me hace cosquillas,
y yo me echo á restregar
por verle las pantorrillas.

Un pillín.

A lo primero pensé
que no me habían sorprendido;
pero me dió un puntapié
su marido.

Un pirata.

LUIS E. LÓPEZ DE HARO



¡Ay, si al curro incivil, por quien me muero,
le pudiera gritar, «¡pillo, te quiero!»



Pero lo dice ¿y qué?
Si es usted hombre ¿qué contesta usted?

voluntaria merced son sus favores;
y gozo sus amores
agradecido al par y satisfecho.
Felíz soy, cuando dulce me embelesa
la blanda risa que á su labio asoma;
cuando mis pies debajo de la mesa
por taburete de los snyos toma;
cuando me dá la fruta que ha mordido
ó la copa en que bebe,
ó sorprendo, al besarla, en un descuido,
los que encubre el cendal, pechos de nieve.

En las horas de plática sabrosa
con que mi dicha labra,
no le pido á su boca sentenciosa
el ósculo; me basta la palabra.
Arde la idea en su divina frente,
dándole hechizo siempre renovado.
Es perfecta: un defecto solamente
encuentro en ella: amarme demasiado.

Arrójame á sus plantas el respeto,
la pasión á su seno deleitoso.
¡Esto es gozar! Oh joven, sé discreto;
busca estas glorias, y serás dichoso.
Y el día que te robe á sus caricias
la muerte inoportuna,
las celestes delicias
disfrutarás sin transición alguna.

(De Goethe.)

TEODORO LLORENTE



¿Cómo es el corazón de la mujer
que no puede enseñarlo á su placer?

Nieves

(RECUERDOS DE VALENCIA.)

I

Entramos una tarde de Carnaval en el Europeo tres amigos alegres y bulliciosos, ávidos de placer, de emociones, de sonrisas, de esas sonrisas hechiceras de la juventud soñadora. Las *flamencas* habían cantado y se desbordaban entre la muchedumbre, desplegando los recursos de esa ciencia infusa, que conocemos con el nombre de reclamo: de todas las mesas las llamaban; todos las querían obsequiar, y á ellas se les iba el gusto tras de todos; uníanse al rumor de las voces el ruido de las botellas que se destapaban y de las copas que se rompían, y al calor de las disputas el calor de la atmósfera viciada por el vaho de cien alientos y el humo de cien cigarros.

—¡Ay, Román, y cómo echo de menos el ambiente de la Alameda y el aroma de sus jardines! — dije, haciéndome aire con el sombrero para no morirme asfixiado.

—Espera, hombre — profirió Román riendo — ahora cantará la Nieves, mi gentil sevillana, y te va á parecer tamaño y poco este infierno para tanta gloria.

Cuando la Nieves salió al tablado, apoderóse del público una especie de embriaguez ó de locura. ¡Qué alboroto de aplausos y qué derroche de requiebros, madrecita mía! ¡Y aquello sí que era justo y merecido! ¡Cómo que estábamos viendo toda la gallardía española, y la bendición de Dios, en aquel cuerpo incitante que se conto-

neaba graciosamente, balanceándose como un junco y desatándose en curvas y en perfiles tan puros que hubiéralos envidiado para sus líneas un griego! ¡Pues y los trapillos! ¿Y el cuerpo? Oprimíalo un mantón de Manila, todo él color de oro, un oro anaranjado, con rosetones encendidos como el carmín del cielo, y liábaselo por la cintura estrechamente, estrechamente hasta transparentar las atrevidas curvas, las delicadas formas. ¡Pues y el cabello! obscuro, brillante, anudado por detrás y cayéndosele en hermosos rizos por la frente. ¡Pues y la cara! Era una morenilla Nieves, con las mejillas frescas, y la boca así como un capullo, y los ojos negros, fosforescentes, como la luz de una estrella reflejada sobre el mar al través de la obscuridad de la noche. Después flores en los cabellos, flores en la garganta... y ella una flor y un aroma y una primavera.

¡Si la hubieseis oído cantar! Tenía una voz dulce, dulce, fresca, sonora, que jugueteaba en los oídos, y los adormecía, como solapada sirena, recreándolos, y metiéndose hasta mitad del corazón, hasta el hacecillo más vibrante de nervios, hasta lo más recóndito y profundo del alma. ¿Y el canto? ¡Qué canto, virgencita de los Dolores! ¡Si aquello era extasiarse y morir de dulzura! Un aire de la tierra; un quejido voluptuoso: un ¡ay! lánguido, genial y poético, que pasa por todos los tonos de la cuerda. Tenía otra habilidad Nieves: punteaba en el guitarro con más soltura que lo hubiese hecho Huerta. Hacíale vibrar, llorar, quejarse á su antojo; y allá se iban, como en alado beso, la nota del guitarro y la nota de la garganta.

¿Qué cantaba Nieves? — No sé: una hermosa balada que nunca ¡he recordado; no me queda de ella más que la impresión: ¡algo así como la fragancia de una florecilla! Al concluir y levantarse con aquella donosura, siempre con la mirada suave, y fresca la sonrisa, y el mantón terciado, el público aplaudió desahoradamente. Restablecióse por fin el orden, y la Nievécitas se sentó de nuevo y volvió á canturrear, coplas que eran picantes epigramas, ó enamoradas quejas, ó dulces fantasías de una imaginación meri-

dional y alegre, aunque todo lánguido y voluptuoso, como canción popular de España.

Cuando la Nieves desapareció, con la gallarda majestuosidad de una diosa, la acompañó un arrullo de requiebros, que fué como un idilio tras de la tempestad de hurras que había estallado á su gentil presencia. Poco después vino á confundirse entre nosotros. No sé á donde iba, pero no pasó más allá de nuestra mesa. Román, que la trataba con la intimidad ligera que existe en eso que llaman *el mundo alegre*, quiso que la obsequiásemos. Y la obsequiamos, ¡vaya si la obsequiamos! De mil amores, á despecho de todos los concurrentes que pretendían disputarnos este orgullo, y á los cuales, por fortuna, vino á distraer una variación del espectáculo...

Nieves parecía haberseme aficionado, con señaladas muestras de afecto, y Román decidióse á dejarnos charlar solitos y en sabrosa plática.

—Si supieras, si supieras cómo me aburro en este bullicio y me canso de esta vida! Estoy hastiada de que me admiren y me festejen tantos necios. Me asusta la soledad de mi corazón. ¡Ay, virgencita del Carmen, y cómo recuerdo aquel pueblecillo, con sus casitas desparramadas por los declives de aquellos montes de la sierra! Allí pasé mi juventud de los quince años — y digo esto, porque me parece que he sido joven de dos maneras — y abandoné á mis padres, los viejecitos de mis entrañas, por irme detrás de un ingrato: ¡qué tontas somos las mujeres, madrecita mía! Yo era buena, señor, yo era buena, y le amaba á mi Luis, un gallardo mozo con unos ojazos... ¡vaya si le quería! ¡cómo que tengo un alma ardiente, muy ardiente, y un corazón... un corazón que es todo él de fibras sensibles, nada

más que fibras! Pero Luis no me amaba y le cansaron los mimos míos, y me abandonó por una mujerzuela del barrio de Pescadores. De esto no hace más que algunos meses; entonces admití una contrata en el Europeo. No he tenido más que un Dios: eso lo juro; ahora ya no le amo, ¡si mi alma no puede ver perfidias ni ingratitudes! Pero, ningún otro hombre puede jactarse de haber obtenido ni una tierna mirada mía. ¡Si yo pudiera volverme á aquella hermosa tierra y buscar á mis dos ancianos, y pedirles perdón, y comérmelos á besos! Pero no puede ser; me moriría de vergüenza.

Y Nieves se enjugó con el pañuelo una lagrimilla que le oscilaba en el rabillo del ojo.

—La historia de siempre — murmuré impresionada — una historia antigua que no se hace vieja nunca. Mira, Nieves, no seas mala:

Interrumpióme, en este punto de la conversación, el espantoso griterío que se alzaba por todas partes: era una tormenta furiosa que se había desencadenado al calor de no sé qué disputas. Ruido de copas y botellas que caen y se rompen, de palos que se cruzan, carreras, empujones, salvajes disputando la salida... todo esto presencié con asombro y sorpresa, dejándome arrebatar por aquel torbellino que á vuelta de magullarnos y aun triturarnos, nos dejó libres en mitad de la calle de don Juan de Austria.

II

Dos años más tarde, me encontré con una especie de espectro que era como una sombra de la Nievécitas. Yo paseaba por Valencia, de regreso de la capital de Cataluña, solazándome en admirar los frescos tonos y los suaves tintes de aquellas perspectivas románticas, evocando recuerdos, sonriendo con esa sonrisa interior, patrimonio y egoísmo á la vez en el alma que se niega á hacer partícipe á los demás de sus voluptuosidades.

—¡Caballero, por caridad! tengo frío, tengo hambre.

La conocí por la voz, aunque era débil, tétrica, cavernosa y zumbaba en mis oídos con fatídicas modulaciones.

—¡Nieves! — exclamé contemplándola con sentimiento y cogiéndole las manos huesosas, frías como la punta de una daga.

Nieves sonrió con una tristeza que no olvidaré en mi vida.

—¿Tú? tanto mejor. ¿Quieres venir á casa? Concluiré la historia que empezamos en el Europeo.

Seguía silenciosamente: llegamos á una escalera húmeda y angosta de la calle de Lauria, en el barrio de Pescadores, y subimos, subimos con penura, deteniéndonos á cada paso, porque la tos, una tocecita seca, ahogaba la respiración de la pobre Nieves que tenía que apoyarse en mis hombros.

Llegamos; allí, en el tercer piso estaba su cuarto, un cuarto interior sin luz, sin aire, húmedo, compuesto de una pieccita destartada, con solo un jergoncillo sobre la tierra, y un solo taburete allá en un rincón. Díomelo á mí: ella se echó en la cama, apartóse los cabellos que le caían sobre la frente y sobre las mejillas, y se cubrió el rostro con las manos. Y así se estuvo sollozando, hasta que aquella tos fatídica hizo presa en su garganta, arrancándole del pecho algunas gotas de sangre.

—¿Ves? — me dijo — la tercera juventud, la última.

Y prosiguió con frase nerviosa:

—Regresé á aquel pueblecillo de la Sierra, conmovida por tus consejos. No volví á presentarme más sobre el tablado, porque aquello érame odioso... Y busqué á mis padres... los viejecitos murieron de dolor por mi abandono ingrato: yo era el ave que alegraba el viejo nido; yo era la luz y el aroma de su vida. La nieve cayó entonces sobre su corazón y se murieron, ¿entiendes? .. Me marché espantada,

como criminal que huye perseguido por la sombra de su víctima, sin pensar que la sombra la tiene en su conciencia... La madre de Luis lloró mucho al verme, y quiso que yo fuera su hija. Nó, no pude, todo me parecía allí sombrío y tenebroso, y volvíme á esta tierra con mis lágrimas y mis remordimientos. No canté... cantando una es en cierta manera del público; tampoco me perdí... me escudabas tú, tu imagen, tu recuerdo.

Otro golpe de tos interrumpió á Nieves en su relato; enjugóse la sangre con mi pañuelo y añadió con ternura, con acento que era aún ¡amoroso, á pesar de ser muy débil.

—Ya ves, por lo tanto, que aun soy buena, ¿qué ganaría ahora mintiéndote? ¡He de morir tan pronto!...

Y miróme, miróme como si deseara pedirme algo que no se atrevía á indicarme.

—Quieres... Quieres... ¡Ay, madrecita mía! ¿por qué no he de decirlo? ¿Quieres sentarte aquí, á mi lado, sobre el jergón... aunque es el jergón de una tísica?

Me senté, me senté, siempre en silencio; porque me ahogaba la pena y no sabía qué decirle, y le dí un beso en la frente, y pasé por su cuello mi brazo, aunque bien sabe Dios que respetándola en el fondo de mi corazón, y compadeciéndola.

—Así, así; pero estréchame, porque tengo frío.

—No hables, Nieves, cálmate; abrigate con mi capote, y espera, que voy en busca de auxilio...

—Nó, nó — dijo agarrándose febrilmente á mi cuello — no te vayas... estoy ya buena, estoy bien... y tengo miedo. Mira, para no perderme busqué trabajo; no me lo daban: yo no sabía hacer muchas cosas; algunos me decían... me decían... yo estaba fresca y joven y linda; pero me hubiera dejado morir de hambre... aquella frase tuya, «Nieves, no seas mala,» zumbábame en los oídos, y tu acento dulce me alegraba aún el co-



Pues ¿qué ha de ser? Rendido, tierno, amante.
En tanto que el del hombre es un tunante.

LA SAETA

razón como si te estuviera escuchando. Después, la memoria de mis padrecitos... ¡y yo no quería escarnecerla! Por fin encontré trabajo, un trabajo penoso, ¡y dieciocho horas! Dormía cinco, nada más que cinco, y con un sueño agitado como la vigilia; porque el recuerdo de mis padres, como una acusación eterna, me mataba, y tu recuerdo... al pronto no era más que simpatía; pero en mi soledad y en mi aislamiento, tanto pensé en tí, y tanto me iba acostumbrando á esta especie de culto en que tu imagen se sublimaba, embellecida por la ausencia, que te amé y te amé locamente, con fiebre de los sentidos... pero con mucha ternura de alma. Entonces pensé en buscarte; supe que no estabas aquí, supe que amabas á una mujer y... seguí adorándote en silencio, ¿qué derecho tenía yo á exigirte nada?

Nieves tosió y volviómelo á manchar de sangre el pañuelo; hice que se callara y que reclinase la cabezita sobre uno de mis hombros, y así como al descuido me enjugué una lágrima rebelde.

—Entonces, prosiguió á pesar mío, pasé los días llorando y las noches en perpetuo insomnio: creía que estaba más sola y empecé á sentirme mal... del corazón y del pecho y de la cabeza: yo no sé cómo me mordían en las entrañas... y después el trabajo, un trabajo febril, continuo... hasta que no pude, y me faltó todo, porque me falta-

ron fuerzas para aquella lucha. Perdí el color y la frescura de las carnes; me puse fea...

—Flea nó, ¡válgame Dios! que aun hay en ese rostro lívido, y descarnado y triste, no sé qué belleza...

—¡La belleza de la tisis! — dijo sonriendo imperceptiblemente. — ¡Flea, ya podía pedir limosna! Pensé en el hospital, pero tuve miedo, y no creía estar tan mala... La caridad dábame muy poco... no comía muchas veces y tuve que venirme á esta pocilga: ¡si hubieras visto mi linda habitación de la calle de Serranos! Así han transcurrido algunos meses, padeciendo mucho, sufriendo más, y acordándome de tí, siempre de tí, y logrando dormirme alguna noche acariciada por tu pensamiento, casi delirante y soñando que te veía... que te veía... ¡ay, si supieras qué miedo he tenido de morirme con mi secreto!...

Otra vez la tos comióse las palabras de Nieves, agotando ya toda su energía: después de un ataque sobrevino otro, y muchas manchas de un rojo violáceo cayeron sobre mi pañuelo; ensancháronse los surcos, encendiósele la mirada, apretó convulsa los brazos á mi cuello, pegó su rostro al mío, y se le exhaló el postrer aliento, al través de los últimos átomos de vida que quedaron en aquella naturaleza destrozada.

CLAUDIO UGENA



— Aunque venga el frío —yo no dejo el baño— ¡es capricho mío!

Reutlinger.

El verdadero marido

Previas las oportunas oposiciones, me concedieron el juzgado de instrucción de X.

Llegué á este pueblo, animado de los mejores deseos, pues, como principiante en la difícil carrera de la judicatura, quería á todo trance lograr un gran éxito en ella y distinguirme por mi celo y mi rectitud, y sobre todo por mi certero golpe de vista para descubrir criminales.

No dejaron de mortificarme los primeros informes; allí, no hallaría ocasión en qué demostrar mis conocimientos, pues afortunadamente, por aquellos parajes, la gente era honrada y rara vez la justicia tenía que intervenir en asunto alguno de importancia.

Cuando ya casi desesperaba de obtener fortuna, entró un día el alguacil del Ayuntamiento á decirme: — Señor Juez, vengo á buscarle, para que acuda con el Alcalde al camino de la Herradura, donde según parece se ha cometido un crimen.

—¿Un crimen? — dije yo contento, sin que por un instante el instinto humanitario ahogara mi afán de distinguirme como juez.

—Sí, señor, allí han hallado el cadáver de un hombre, muy bien vestido y con alhajas.

—¿Se sabe quién es?

—No señor, debe ser forastero.

—¿Quién lo ha descubierto?

—Unos mozos, al volver del campo.

—Vamos allá.

Poco después nos hallábamos el Alcalde, el médico y yo, con el alguacil y una pareja de civiles delante del muerto.

El examen fué rápido y todos convenimos desde luego en que forastero debía ser, puesto que nadie le conocíamos, extrañándonos además que persona de viso, pues tal parecía, hubiera pasado inadvertida al llegar al pueblo.

Después de las pocas y necesarias diligencias del caso, ordené el levantamiento del cadáver.

Regresaba, pensativo y dando vueltas en mi imaginación á los recursos de que habría de valerme para seguir la pista del crimen y descubrir la incógnita, cuando vino á sacarme del ensimismamiento en que me hallaba la voz del alcalde.

—Aquí tiene usted, me decía, al tío Juan que pretende conocer al muerto.

—¿Usted?

—Sí, señor; respondió un paleta, que frente á mí se hallaba en el centro del corro que instintivamente habíamos formado toda la comitiva.

—Bien, ¿de qué le conoce usted? ¿cómo se llama?

—Misté, saber cómo se llama, no lo sé...

—Entonces...

—Es que, verá usted, yo, como usted sabrá, me dedico á ir con mi tartanita á buscar viajeros á la estación del ferrocarril.

—Sí, es verdad, adelante.

—Bueno, *pus* ayer en el mixto de la mañana bajó un señorito *mú* bien *vestio*, y que después de enterarse en la estación, de que el único modo de llegar al pueblo era subiendo en mi tartana, lo hizo así. Yo, como es natural, y por aquello de la curiosidad, le pregunté si venía por algún asunto, si tenía familia, vamos, cinco ú seis preguntas sueltas. El no me contestó muy acordes y en cambio se informó de la familia esa, que ya sabe usted ha *venio* á principio de verano á vivir en el cortijo.

—Sí, ya sé, ¿qué más?

—*Pus ná* que le dije lo que sabía, es decir lo



Juguetona y candorosa
esta retrechera niña
hace el papel en el mundo
de Diosa de la alegría.



Esos zapateros no saben tomar la medida.

—Sé á lo que usted viene. Por lo visto ya se ha encontrado el cadáver de Eduardo.

Grande fué mi sorpresa, cuando tan á las claras, ella misma confesaba el conocimiento del crimen.

—Sí, señora.

—¿Viene usted á prenderme?

—A quien haya sido el autor de la muerte de ese caballero, que usted ha dicho llamarse Eduardo.

—El autor está ya lejos.

—Y el móvil...

—Voy á decírselo. Ese caballero era mi marido. Nos casamos hace años y desde el principio de nuestro matrimonio, su violencia de carácter y los disgustos que me daba, hicieron imposible mi existencia. Jugador, amigo de toda clase de placeres, no ponía trabas á ninguno de ellos y por conseguirlos cometió todas las malas acciones que usted puede figurarse. Por último, estando yo [enferma abandonó la casa, se fué no sé donde, y estuve años sin saber de él. Yo, preciso es confesarlo, en este tiempo amé á otro hombre y éste me correspondió con toda su alma, y ambos resolvimos venir á vivir á este pueblo, alejados del mundo, á criar nuestros hijos, pues desgraciadamente nuestra criminal unión había tenido fruto. Esperábamos que la noticia de la muerte de mi marido nos permitiera unirnos, y cuando aquí pasábamos la existencia tranquilos y felices, se presentó ayer el otro, invocando sus derechos y mandándome que le siguiera, con mis hijos, á los que él consideraba como legítimos, puesto que legalmente era yo su esposa.

—¿Qué pretendía? — exclamé yo.

—Ay, no era mi amor, como usted comprenderá, era mi fortuna, la que necesitaba para seguir su desenfrenada vida. Yo desde luego me negué á seguirle, y él invocando los derechos que la ley le concede me amenazó con llevarse á mis hijos. ¡Ay, señor Juez! qué escena. El otro, ya comprende usted, el padre de mis hijos, estaba en sus habitaciones; pero, hasta él llegaron nuestras voces, puesto que se presentó en el momento en que mi marido, furioso se avalanzaba á mí para golpearme. Y, creo inútil continuar, la lucha se entabló entre los dos hombres, mi marido cayó estrangulado; por la noche mi... mi..., en fin usted comprende, mi amante le llevó al camino para no comprometerme, tomó el tren de Madrid, y á estas horas debe estar en el extranjero. ¡Pero como usted necesitará un culpable que pague el delito, aquí me tiene usted á mí, causa de ello.

—Nó, señora; — exclamé levantándome, — usted puede y debe ir á reunirse con el que ha de ser su marido, y yo como juez, daré por concluso el sumario y declararé en rebeldía al autor. En medio de todo, han hecho ustedes un bien á la humanidad: hombres como su marido de usted siempre son peligrosos; es preferible que no vivan.

AGUSTÍN R. BONNAT

que sabemos *tóos*, que nó es *ná*; que á comienzos del verano, habíamos visto que el cortijo estaba habitado, y que al pasar del pueblo á la estación ó de la estación al pueblo, había visto varias veces á una señora *mú* guapa y que unas veces sola, y otra con dos niños de la mano se paseaba *alredor*. Como si esto le bastara, me preguntó adonde estaba el cortijo; yo se le mostré, pues justamente pasamos á la *vera*, y él entonces me mandó parar, se apeó, me dió un duro, que puedo enseñar á usted *pus* no le he *cambiádo* y se fué.

—¿En dirección al cortijo?

—*Misté*, de veras no lo puedo decir, porque se quedó *parádo*, y aunque volví la cabeza, cuando ya iba yo andando otra vez, seguía allí *parádo*.

—¿Y usted cree que es ese viajero, el que ha aparecido muerto?

—¡Cómo he oído decir que era un señorito bien *portádo* y que nadie conocía...

—A ver, acérquese usted á ese carro, ahí va.

Efectivamente, el tartanero, reconoció en el muerto al mismo hombre de quien hablaba.

La cosa ya parecía que se iba aclarando y el camino que yo tenía que seguir estaba perfectamente definido. Me separé de toda la gente, y sólo con mi alguacil, emprendí el camino del cortijo.

Llegué, llamé, y abrió la puerta una señora, la misma que el tío Juan había calificado de guapa. Mi presencia la extrañó, pues no me conocía. Le manifesté mi carácter de juez, palideció, y me suplicó que entrara en la casa. Allí me dijo de buenas á primeras:



La modelo

XII

¡Mi comandante!

—¡Contra, armas al hombro!—dijo Claudio Lopez, desperezándose y saltando del lecho —me parece que he dormido más de la cuenta. Es decir, dormir no he dormido, no he hecho más que adormilarme... Se me figura que has entrado tú unas cinco ó seis veces... ¿á qué? ¡armas al hombro! ¿á qué?

Estas voces las daba el capitán de húsares encarándose con su asistente, mientras se iba entreteniendo en la grave y para él engorrosa operación de vestirse. Si era tarde; el sol, un sol que abrasa en Valdehumbroso durante las tranquilas y apacibles mañanas de Enero, como quema en otras regiones cuando ya están las espigas en flor, brillaba alto en el horizonte, y se metía descaradamente por los vidrios de las ventanas, encendiéndolo todo. Claudio López madrugaba siempre y solía estar de pie cuando apenas apuntaban las blancas del albor. Aquel día se le pegaron las sábanas, porque la noche del anterior fué día de prueba para él. Había dado un banquete á sus compañeros de armas por el ascenso de otro capitán, Felix Gonzales, hombre cargado de familia (doce hijos), y á quien cuasi no le alcanzaba la paga para los gastos del panadero y de la lavandera. En cambio, él era soltero y rico. ¡Lo que gozó durante aquella velada memorable!

—Verá usted, *mi comandante*, — contestó el asistente, un mozallón muy avisado que tenía fama de chusco, — me colé aquí por exigencias del servicio. Yo me dije: cuando el *comandante* duerme, hay que dejarlo dormir para no faltarle al respeto, pero al mismo tiempo la consigna es entrar para ver si abrió los ojos, y puede uno darle la novedad y los recados *impunemente*. Por eso entré seis veces seguidas, *mi comandante*...

—¡Qué comandante, ni qué armas al hombro! — interrumpió Claudio, quien desde que había oído nombrarse así estaba volado, encendido. — ¿Qué libertades son esas, *hidepú*? Te voy á mandar á la compañía con encargo de que te pongan dos imaginarias durante un mes, con dos fusiles terciados.

—Perdone usted, *mi comandante*; pero como esta mañana han traído un pliego, y en el sobre dice... dice... verá usted, *mi comandante*...

El asistente cogió un oficio cerrado que se hallaba sobre la mesa escritorio:

—S. M. Al señor *Comandante* don Claudio López Avecilla... De la... Aquí el sello...

A Claudio se le escaparon de pronto las ideas y quedó en actitud extraña; con una pierna levantada, y en posición de meterse una bota. Cuando pudo coger al vuelo, como quien caza mariposas, el primer pensamiento rebelde, exclamó:

—Dáme, estúpido: á ver qué broma es esa; algún marica que quiere tomarme el pelo; pero yo le juro á ese calzonazos, bragazas, que una cosa es reir cuando ascienden á un compañero y otra cosa es divertirse con un capitán... ¡armas al hombro!

Y con la faz congestionada, arrebatado, rojo de ira, se apoderó del escrito que le tendía su doméstico. Rompió la nema del sobre con mano nerviosa. En el oficio se le comunicaba que S. M. «en atención á los méritos y servicios, se había servido ascenderle al grado inmediato superior», y después del Dios guarde, iba la firma y la rúbrica del jefe del Detall, hombre serio que no se prestaba á burlas ni trapisondas.

—¡Armas al hombro! ¡Bribonazo! Pues tienes razón — gritó fuera de sí. — ¿Conque también yo soy comandante? ¡Es verdad que ya empezaba á ser horal! Bueno, bueno; mira ahí en el cajón si ha quedado un mazo de habanos... Cógelos, ya sabes que no fumo... Espera, toma...

Sacó el monedero del bolsillo del chaleco, y alargó al asistente cinco duros en pieza:

—Anda y véte al demonio. Estás libre durante todo el día, y no importa que vuelvas borracho como una cuba.

—Además, *mi comandante*: hay otra carta.

Claudio reconoció en el sobrescrito la letra de Jorge Levia, y frunció el ceño:

—¿Ya se ha acordado ese gandul de que tiene aquí quien le quiere mucho? Bueno, véte.

—Es que... es que...

LA SAETA

—Es que... es que... concluye, hombre ¿me han dado también la placa de San Hermenegildo?

—No sé, mi comandante; pero tenía que decirle que hace una hora... sí, una hora, minuto arriba, minuto abajo, que espera en la sala la señorita Elena.

—¡Animal! Voy á dejarte sin orejas; ¿y por qué no me has despertado?

—Porque... porque... ya sabe usted la consigna: cuando el comandante duerme... además, la señorita Elena no quiso que le molestara.

—Anda y dile que pase, cabronazo... Digo nó, me cogería en calzoncillos... Dile... que ya voy... ¡Y que no vuelva á verte yo en todo el día por aquí! ¡armas al hombro!

Elena Luna, se hallaba en el gabinete inmediato, hojeando un tomo de los *Viajes pintorescos*, cuando se presentó Claudio López, ya vestido, casi de punta en blanco, pues en aquella ocasión, como en otras fechas memorables, había sacado del fondo del arca el histórico *chaquet*, prenda que conservaba sus arrugas y su olor á alcanfor victoriosamente, contra los insultos del tiempo y de la moda.

Vestia la prima de Jorge un traje elegantísimo, primoroso, y el luto agraciaba su figura de muñeca rubia y sonrosada: era un tipo delicado, dulce, suave, de mujer graciosa. Pequeña, sin ser baja, de talle esbelto, tenía en el rostro no sé qué expresión de áspera belleza que le daba singular atractivo.

—¿Viene usted á pedirme la liquidación del pleito? Francamente, no he arreglado las cuentas todavía. ¡Cómo no sabíamos qué armas al hombro era de su primo de usted! Mire que... ¡la que nos ha jugado!...

—Se sabe donde está, — contestó Elena haciendo un mohín delicioso.

—¿Si, eh? — agregó Claudio socarronamente.

—¿Acaso tiene usted también noticias?

¡Armas al hombro! Tenía una carta que con la precipitación no había leído aún. Sacóla del bolsillo, la mostró, le dió gravemente dos ó tres vueltas en las manos, y por fin abrió el pliego. Anunciaba Jorge que le retenían en Murcia ciertas investigaciones útiles para una obra literaria: que volvía á la vida activa, al trabajo febril: y que le convenía retrasar su regreso á Valdehumbroso. Concluía encargando á Claudio que le girase fondos con urgencia. Todavía dió el milite dos ó tres vueltas al sobre, como si buscase algo entre sus dobleces.

—¡Cuando digo que no va á curar nunca! — exclamó. — Sigue tan loco como antes.

Sonrió dulcemente la damita.

—Más lacónica es la mía aún. Me da las gracias por haber transigido en el pleito... y me besa los pies. ¡Mi señor primo besándome los pies, como cualquiera de los que me saludan en la calle! ¡Yo en su lugar le hubiera besado á mi prima los cabellos, la frente, los ojos... la boca nó, todavía nó. ¿No le parece á usted, Claudio?

—¿Pero qué demonios hará ese muchacho en Murcia? — preguntó el interpelado mordiéndose las guías del bigote, signo en él de grave preocupación. Elena añadió con acento misterioso:

—Iremos á sorprenderle en su madriguera.

Claudio López se dió una palmada en la frente:

—¡Calle! — saltó — pues es verdad, no se me había ocurrido... ¿Conque iremos á Murcia?

—Si usted quiere, sí: iremos usted, Antonia Bellido y yo.

Se levantó violentamente el comandante.

—¿Antonia Bellido? ¿Dice usted que... Antonia Bellido?

—Sí, hombre, sí: ¿qué mosca le ha picado á usted? ¿Tiene eso algo de particular? La otra tarde la encontré en el barrio de la Luz y me dijo que tenía que trasladarse á Murcia para arreglar no sé qué lío que tiene en la Huerta; y yo he pensado: la ocasión la pintan calva.

—¿Pero sabe Antonia que está Jorge allí?

Pausa solemne. Se le escaparon á Jorge las palabras sin pedir permiso. Cuando se dió cuenta de la fuga, quedó en actitud grotesca, cómica. Rompió el silencio Elena, murmurando dolorosamente:

—¡Ha dicho usted eso de una manera, Claudio!

—¡Que yo he dicho... nó, si no he dicho... es decir, lo que he dicho...!

—Adiós, Claudio; no tengo fuerzas para... para descifrar ahora el misterio. Después, más tarde, otro día. ¡Oh, sería horrible, horrible...! ¡adiós!

Y desapareció la damita, ligera, como visioncilla vana que huye. El, de pie, la vió como salir sin fuerzas ni resolución para moverse. Después, desplomándose en un sillón, gritó si aun pudiera oírle la pobre criatura:

—Tan burro soy ahora que me han hecho comandante, como cuando era simple capitán ¡armas al hombro!

J. F. LUJAN



Jane Hading.

Reulinger.



MISCELANEA



Pasaban dos amigos por delante de una casa, situada en la calle de las Torres, y en cuya casa, se lee lo siguiente:

Se admiten caballos á pupilo.

—¡Hombre! dijo uno de nuestros héroes dirigiéndose al otro; tú que buscas habitación, te podías venir á esta casa.

—No me parece mal, contestó el aludido: ¿qué tal te han tratado á tí?



I

¡Jesús, qué mujer más sucia!
¡mira que es abandonada!
—Yo la conocí muy limpia,
pero después de casada
se dejó, y ya ves, Perico
que el verla sucia da lástima.
—La mía, también *se deja*
pero no tanto, ¡caramba!...

II

«Qué el Guerra se la ha cortado»
dice la prensa diaria,
y nos dan nímios detalles
de su coleta, su casa,
de su importante fortuna
y otras muchas zarandajas,
que aburren al *más pintado*,
aun que sea un entusiasta.
La verdad, tiene razón
cuando dice la Librada:
—¡A tantos se la han cortado
y nadie les dijo nadal!...

MORENO.



Una gran tempestad sorprendió en alta mar á un navio. El capitan mandó arrojar al agua los objetos que fuesen incómodos é inútiles.

Un español agarró á su mujer, y ya iba á arrojarla al mar, cuando le detuvo el capitan del buque, diciéndole:

—¿Qué va usted á hacer, hombre de Dios?

—Obedecer á usted, capitan; arrojar lo que más me incomoda, lo que me es más inútil; mi mujer.



CHARADAS

I

Segunda cuarta y Total
se *dos prima* de un *dos tres*
el hijo de doña Inés,
porque el frac le sienta mal.

II

Le pregunté á Valeriano:
—¿Hace en *prima dos*, *dos una*?
Y me contestó: — En verano.
V. ARCE Y M. PÉREZ.



Logogrifo numérico

6 — Vocal.
3 2 — Nota.
1 2 6 — Idem.
3 2 4 3 — Verbo.
4 5 2 6 1 — El colmo de la aspiración.
1 2 3 4 5 6 — Población.

LATICAS.



Metaplasmo combinado

```

● * * *
● * * *
● * * *
● * * *
● * * *
● * * *
● * * *
    
```

Substituir primero las estrellas por letras que se lea horizontalmente: 1.º Nombre de mujer; 2.º En los volcanes; 3.º Pájaros; 4.º Planta acuática; 5.º Sogas y 6.º provecho. Segundo, los puntos por letras que, leídas verticalmente de arriba abajo, expresen, un río del Indostán. Tercero en todas las líneas horizontales: 1.º Nombre de varón; 2.º Provincia; 3.º Buques; 4.º Animal, 5.º Nombre de varón y 6.º delicado.

IGNACIO CANAS.



Rombo

```

●
● ● ●
● ● ● ● ●
● ● ●
●
    
```

Substituir los puntos por letras, de forma que, leídas horizontal y verticalmente, expresen: 1.ª línea, vocal; 2.ª juguete; 3.ª parte del cuerpo; 4.ª ídem y 5.ª vocal.

FEDERICO BENAVENT.



Jeroglífico comprimido

D R V O C A R T A J O

DON GERVASIO.



Tercio silábico

```

* * * * *
* * * * *
* * * * *
    
```

Substituir las estrellitas por, letras, de modo que se lea horizontal y verticalmente: 1.ª línea, en los mercados; 2.ª nombre familiar de mujer (diminutivo) y 3.ª vestidura eclesiástica.

FROILÁN FUSTER.



Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADAS. — Balneario. Molino.

CHARADÍSTICO. — FI — NO
LI — NO
PI — NO
NO — NO

LOGOGRIFO ACRÓSTICO. — V I C O
I S I S
S A N S
I N C A
T I T O
A S N O
C O I N
I O T A
O S C A
N A N A

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO. — Sobreasada.

PROBLEMA ARITMÉTICO. — $\left. \begin{array}{r} 789 \\ 978 \\ 897 \end{array} \right\} = 24$

APELLIDOS HOMÓLOGOS. — Romero — Robledo.
Romero — Girón.
León — Castillo.
Posada — Herrera.
Primo — Rivera.
Navarro — Reverter.
Navarro — Rodrigo.
Montero — Ríos.
Concha — Alcalde.

Correspondencia

Martín Gala. — O lo que es lo mismo, Martín,
partido por gala en dos.
Procura que no se entere
de que escribes versos, Dios.

I. C. — Cuando recibimos la suya, ya no podíamos rectificar lo que deseaba. La culpa es de usted y del redactor encargado de la sección, que me ha prometido *no volver á pecar*. Aprovecharé algo de lo último.

Don Gervasio — Irá cuando le toque turno.

N. S. V. — «Encontré á María muy enfadada.—Eres un mal hombre—exclamó—un falso, un embustero, un cínico...»

Y usted qué le dijo á ella?

Leunam J. — Aprovecharé una charada, pero sin dedicatoria ¿eh?—Puede mandar el original en la forma que indica.

Relámpago. — Me ha deslumbrado usted y no he podido examinar su elegía: Inconvenientes de no saber elegir los pseudónimos.

H. H. R. — Al cesto, más que deprisa.

X. Y. Z. — Las charadas son muy malas.

R. R. A. — Sí, señor, quiero y puedo publicarle á usted el «Soneto»

Lució la luz mortecina en la alborada
y en concha nacarada
se presentó la sombra de mi amada,
diciéndome: «te espero,
no tardes porque me muero.»

Conozco que es modernista ese soneto, no sólo por la forma, sino porque no lo he entendido. Ya sé lo que dirán algunos: que ahí no están claros más que los disparates; pero usted no les haga caso, ríase. Es verdad que el demonio averigua cómo se muere una sombra, y cómo una sombra tiene prisa, y como luce la luz que siendo naciente es mortecina; pero eso consiste en que el profano no puede entender los símbolos; ponen ustedes las ideas tan escondidas, tan... adentro, que se necesita un microscopio para entreverlas. Yo me figuro que la clave está en la concha nacarada, y nó en otra cosa: así, no atreviéndome á decir que es malo el soneto, por bueno lo reputo: adelante, joven ¡de usted es el mundo, la conquista del ideal! lo único que le recomiendo es que se ponga usted gafas para ver claro: á lo mejor, un poeta que anda con los ojos fijos en el cielo, equivoca el camino, y en lugar de dirigirse al Parnaso, dá de cabeza en el pesebre.

Los Cañas de Motril. — No quería contestarles, nó; por

que se esconden ustedes detrás de un pseudónimo, que resulta anónimo, y los anónimos van al número que les corresponde... al ciento; porque parece mentira que tengan ustedes tan poca gracia siendo andaluces, y por otras muchas razones; pero mi amigo *Moreno* que es repentista exclama:

¿Sí serán satisfechos sus deseos?
No lo sé, no, mis *Cañas*;
pueden ustedes ser ¡Cristo! tan feos
y tener además tantas legañas!
¡Me parece mentira voto á mil
que hayan nacido ustedes en Motril!

Y claro está, por no desairar á mi muy querido compañero de redacción, no les pongo á ustedes en el lugar que merecen.

T. L. U. — Aceptado. Muy bien escrito.

S. S. — ¿Es cosa de reír ó de llorar?

«Está de enhorabuena
la prima de su primo,
porque es ruba y no es morena
y puede tener arrimo.»

¡Vaya, á ver si lo acierta usted!

Lolita. — No señor, no pegan ni con cola.

E. A. — Bueno, se le vuelve á enviar. Insisto en que no es usted tan afortunado con los versos. Hay muchas, incorrecciones.

C. M. y L. — Muy descuidada la forma: insignificante el asunto, y aunque pícaro... con picardía sobrado inocente. Si usted se esmera puede que llegue á versificar con cierta soltura.

C. Saretos. — Empieza así el canto elegíaco:

«Adorada Encarnación;
tú has logrado interesarme
mas, para pena causarme...»
Hago esta transposición.

Además lo que usted cuenta no ofrece ningún interés para los lectores. Eso se lamenta á solas, y á lo más en familia.

J. N. de la R. — No tiene nada de particular el caso: si se insertaron ¿para qué más contestación? Tenemos que aprovechar aquí el tiempo y el espacio. En cuanto á lo otro, no recuerdo; ó se habrán traspapelado, ó no servirían y pasarían á engrosar el cesto. Probablemente lo último. Gracias por todo.

L. V. — R. M. — *El abulense.* — R. Q. y C. — *Pepa-Checo.* — S. G. D. — A. C. — *Pamp'inás.* — N. de P. — E. T. — No puedo complacerles.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia

al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

◆ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ◆

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.

Año. 11 »

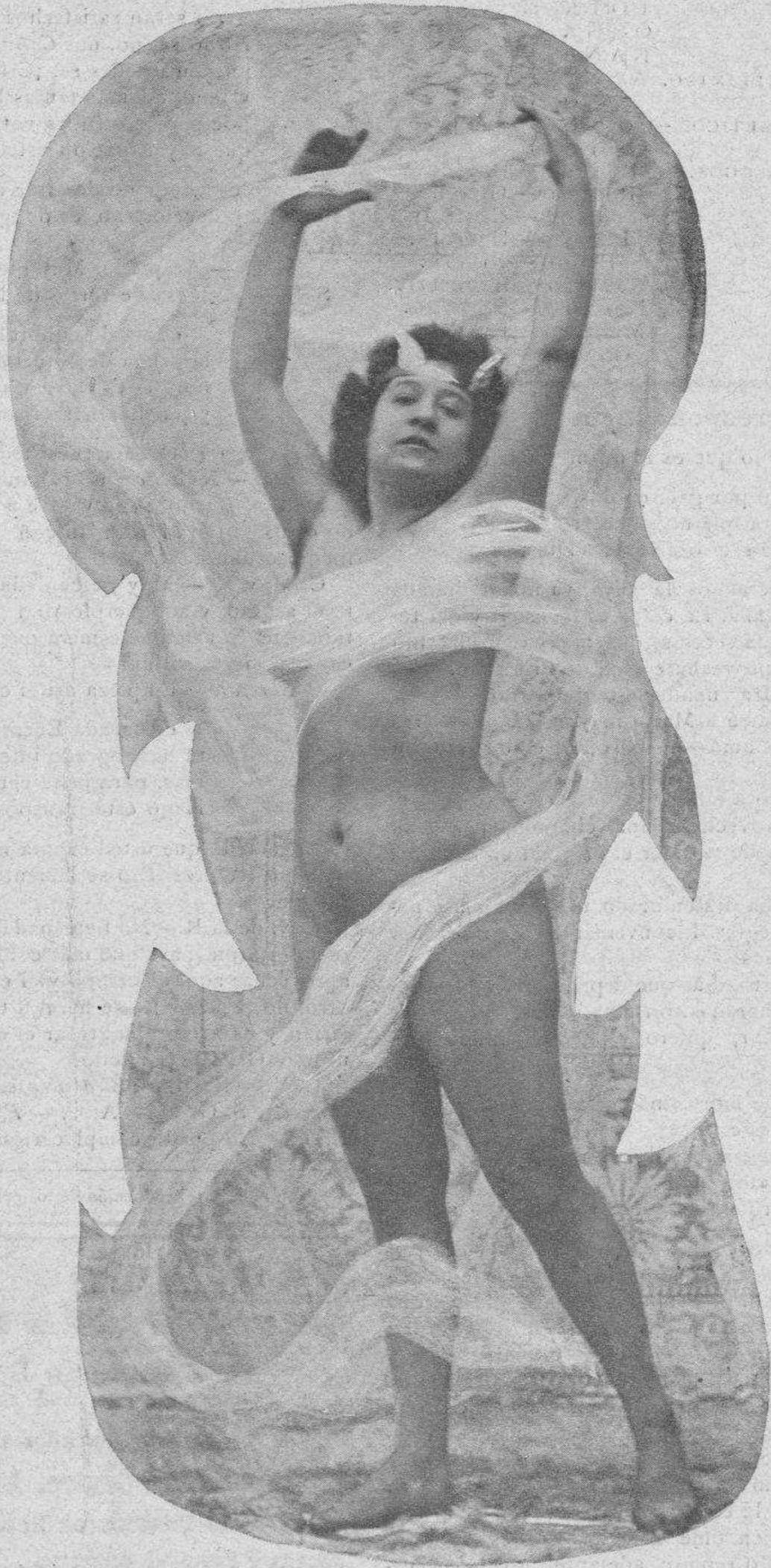
Extranjero y Ultramar, un año. 17 »

Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico «La Ilustración», calle de Valencia, 311. — Barcelona.





RT

ARTIST

20 cénts.

Núm 469.

